
X

EXÁMEN DE LOS PRINCIPIOS

del sistema protector

BAJO EL PUNTO DE VISTA FILOSÓFICO,

POR

Don José Echegaray.

SEÑORES:

Llegóme la vez en esta série de conferencias sobre libertad comercial, y lo respetable del público que hoy me honra con su asistencia á este sitio, el convencimiento de mi escaso valer, los recuerdos que de las pasadas conferencias habreis conservado, lo árduo del asunto, todo, en fin, me abruma en este instante, para mí solemne, y enflaquece mi voz y nubla mi inteligencia y da pavor á mi ánimo para empresas como la de hoy, de suyo sobrado débil y temeroso.

Confío, sin embargo, señores, al levantar mi voz para combatir ese funestísimo sistema, que han dado en llamar *sistema protector*, en que el enemigo es débil, vuestra benignidad grande, grande tambien la razon que me asiste; y que muy torpe debería ser quien, con tal enemigo al frente y tales auxiliares al lado, no saliera victorioso en la demanda.

Debo, señores, examinar los principios en que se funda el proteccionismo: si en algo puede fundarse propiamente, un sistema que más bien que en sólido fundamento parece descansar sobre base, que ha de ser harto movediza, á juzgar por lo que el edificio se bambolea; y debo llevar á cabo tal exámen — segun la obligacion que me impone el programa de estas lecciones, — estudiando el asunto bajo el punto de vista filosófico, lo cual, si es cierto que me compromete en una empresa superior quizá á mis escasas fuerzas, aún pone en más grave compromiso á la escuela proteccionista, que destituida de toda razon de sér, careciendo de verdadera doctrina, sin unidad alguna que dé armonía á sus contradictorios elementos, monstruosa como teoría, y aún más monstruosa como realidad, no ha de poder resistir la prueba á que pretendo en esta noche someterla.

¿Qué es la proteccion como teoría? — No lo sé.

¿Cuál es el principio filosófico en que descansa? — Lo ignoro.

Yo lo busco en las obras de los grandes maestros, y no lo hallo; pregunto á sus más distinguidos defensores, y no me contestan; y por más que discurro y me afano, ni nadie me saca de la duda, ni jamás doy con la misteriosa esencia del proteccionismo, aunque por desgracia, en todas partes veo y toco, y lo que es más, siento sus funestísimos efectos, y por decirlo así, á donde quiera que me dirijo, tropiezo con la proteccion, como há tiempo tropezó con ella el país, y con tan mala fortuna, que aún no ha podido reponerse del tropezon.

Verdad es que allá, de cuando en cuando, suele aparecer algun proteccionista á manera de fugitivo cometa con una doctrina ó teoría de su invencion particular; mas son estas tantas, y sobre todo tales, y tan sin unidad ni concierto se presentan, que es difícil entresacar de semejante confusion una idea comun, un principio único, por el cual sea posible unir estos diferentes trozos de teoría proteccionista, formando de esta suerte un todo uniforme y armónico, que si no tiene la realidad de ciencia, al menos, por respeto al público y decoro propio, lo aparente.

Hé aquí ya un defecto del sistema que combato; pero hé aquí tambien una gran desventaja para mí. El mónstruo no tiene cabeza; sabido es, por otra parte, que nunca el proteccionismo tuvo corazon: ¿cómo, pues, rematarle de un golpe? Quizá esos infini-

tos conatos de una teoría proteccionista son otras tantas cabezas; pero á semejanza de la hidra brotan más, cuanto más se cortan, y es la tarea de tajirlas todas, si no imposible, difícil por lo menos.

Difícil, señores, porque si no existe una teoría proteccionista, mal podré hacerme cargo de principios y argumentos, que con ser muchos, son opuestos y contradictorios; mas cosa extraña, si el mónstruo (y permitidme que continúe con la imágen), no tiene cabeza, tiene en cambio *estómago*, y tan *uno*, y tan completo, y tan admirablemente organizado, y de tan enérgico poder digestivo, que no hay cosa que no anhele tragar, ni traga cosa que bien pronto no convierta en sangre y sustancia propia.

Quiero decir con esto, que si son infinitas las teorías proteccionistas, una es su práctica constante; y no sin razon, como vereis bien pronto, he comparado la práctica proteccionista al ardiente estómago de un mónstruo más hambriento cuanto más devora.

Y pues no hay unidad en la *teoría* proteccionista, y hay en cambio unidad perfecta y perfecta armonía en la *práctica* del sistema, á esta deberé atenerme, por si en ella descubro lo que en aquella no pude hallar; y quién sabe si con ser enemigo de la proteccion, habré de servirla como no la han servido sus mejores amigos, dando al fin con la clave de tan complicado gero-glífico.

¿Qué es en el terreno de la práctica la proteccion?

Por desgracia, la respuesta es fácil: tan fácil como difícil era la que para mi anterior pregunta buscaba.

Todos sabeis lo que es la proteccion; mas permitid que una vez más lo repita para desahogo de mi conciencia, para enseñanza tambien de los que sobre esta materia no se han detenido hasta hoy á discurrir; y sobre todo para regocijo y contentamiento de sus amigos y defensores; que si el retrato, como espero, es parecido, podrán extasiarse una vez más ante las incomparables bellezas del caro objeto de su cariño: objeto bien caro en verdad, segun lo caro que á todos nos cuesta.

El productor nacional vende tal ó cual género á 20 reales: el productor extranjero sólo pide 13 reales; el primero no puede bajar su precio á este último límite, porque perderia; y si mucho es su amor á la patria y á la industria del país, etc., etc.,

no llega á tanto que por la patria quiera arruinarse; el segundo, que conoce el mal que nos causa, continúa *firme en sus trece*; y el consumidor, que en lo tocante á sus intereses es cándido é inocentón si los hay, muestra claramente que está á punto de morder el anzuelo, y de comprar por 13 lo que, para su bien en este mundo y salvacion en el otro, le aconsejan protectionistas é industriales que por 20 adquiera. En este conflicto un carabinero se terció el arma, que es la manera de terciar en los negocios públicos de ciertas gentes; arroja del país al productor extranjero que tuvo la pretension de inundar nuestros mercados, con lo que nuestros mercados quedan en seco; y dueño de ellos el productor nacional fija el precio, y á su merced ya el consumidor toma lo que le dan, y da encima gracias al cielo porque aún le dejan algo, cuando menos pudieron dejarle.

Este es siempre el mecanismo de la proteccion, y este es siempre el resultado final de tan ingenioso artificio: sólo que á veces lo que he dicho, como dicho queda, quizá os parezca cuestion harto prosáica de precios y mercados, toma un carácter más dramático, porque ataca sagrados sentimientos del corazón, porque ultraja la dignidad humana en una de sus más elevadas manifestaciones.

Imaginad, señores, un hijo del pueblo, un infeliz jornalero que al despuntar el día marcha al trabajo y pasa hora tras hora inclinado sobre la tierra, regándola con el sudor de su frente, calentándola con el abrasado aliento que de su jadeante pecho se escapa, comunicándola, en fin, una parte de su vida: que es la vida del sér inmortal, el fuego sagrado que fecundiza la materia.

Y que al fin termina su faena; endereza su fatigado cuerpo; alza su frente inundada de sudor, y cuyas venas revientan casi al golpe de la sangre, y tiende la mano para recibir el *precio* de su *trabajo*. De su trabajo, que por humilde que sea no puede envilecerle, porque si ha depositado una parte de su vida y de su sér en la materia inerte, es para que por el intermedio de la materia pase á otro hombre, que vivirá por el trabajo de su hermano. Y aquel precio que recibe tampoco le humilla, tampoco le envilece; porque aquellas pobres monedas representan

el pan que va á llevar á sus hijos, que ya tienen hambre, porque es tarde, y que esperan ansiosos que vuelva su padre llevándoles el pan de cada día (1); y es que la sociedad le devuelve en el pan que da la vida, la parte que de la suya dió para otros hombres.

Así es que cuando otra vez extiende su mano para pedir el alimento que ha de llevar á su familia, diríase que el mundo entero piensa en aquel pobre hombre, porque de Rusia y de Egipto y de todas partes donde el sol dora espigas de trigo, gentes vienen, como impulsadas por la mano de la Providencia, á ofrecer pan al que ha ganado el pan con el sudor de su frente; y toma, le dicen, alimento abundante, que para todos hizo Dios fecunda la tierra.

Pero cuando el pobre jornalero cree que aquel día al menos no quedarán con hambre sus hijos, el productor nacional da la voz de alto, y detiene en la frontera los trigos de Odesa y de Egipto, y dice: «yo solo basto para dar pan á ese hombre; pero no le daré tanto como vosotros; me arruinaría si tal hiciera. »Pensabas, dirá al pobre jornalero, que hoy se hartarian tus hijos, te equivocaste; hoy como ayer, como siempre, yo les quitaré el pan de la boca».

Y despues de esto, que no es una exageracion como pudiera creerse, sino por el contrario, *la verdad*, visto de cerca, es cierto, y quizá por esta causa os parezca repugnante, pero bien vista; vengan los proteccionistas, inventen sofismas y más sofismas, háblennos de la industria, y de la patria, y de la independenciam; escriban cuanto puedan, peroren cuanto gusten, si al fin á ello se deciden, griten hasta que la voz les falte, procuren oscurecer lo que, por su desgracia, es claro como la luz del día; que la conciencia gritará siempre y rara vez se equivoca: «quitar el pan al que ha ganado el pan con su trabajo, es un despojo inícuo»; y ya comprendéis que empleo esta palabra «despojo» por no emplear otra más dura aunque más propia.

Podrá la proteccion tener una base científica; podrá tener hasta toda una filosofía, pero si la tiene, cuenta que sólo será tal filosofía la filosofía del despojo.

(1) Al escribir estas últimas frases no he podido apartar de mi mente el magnífico cuadro que trazó el Sr. Figuerola al terminar su bellísima lección.

Por desgracia, señores, cuando el diablo tentador atormenta á la débil humanidad, ya procura despojarse de su terrible grandeza; ya se presenta bajo formas seductoras; ya halaga diestramente nuestras pasiones: y como una vez clave la garra en la conciencia, buena parte se llevará entre las uñas, y desgarrado y roto dejará el resto, si algo deja. Y digo esto, porque no es la proteccion para sus defensores lo que para nosotros los libre-cambistas. Desnuda la vemos y es tal su fealdad, que nos repugna: *vestida y adornada*, aunque no precisamente *del color de la aurora* como dice un poeta, sino de gruesas telas de algodón que ostentan marca nacional, la ven sus adeptos, y encántales su belleza propia, ó la que el adorno de la vestidura le presta.

Mas seamos justos ante todo con los industriales protegidos, y no les hagamos peores de lo que son. Convencido estoy de que no sospechan siquiera lo que sus industrias nos cuestan; de que creen servir á su Dios y á su patria sirviendo á sus intereses; y encantados por lo bien que marcha el mundo, dan gracias al cielo que tan admirables y, sobre todo, tan cómodas armonías esparció por la tierra. Natural y excusable es que así discurran y que obedeciendo al instinto de la propia conservacion, luchen por sus intereses, y por el bienestar de sus familias, que equivocadamente juzgan amenazados por la propaganda libre-cambista.

No á ellos, sino á la *idea en sí*, es al punto á que dirijo mis ataques. Quizá alguna vez sospechen los productores nacionales que no todo es azúcar y miel para los pobres consumidores; mas se consolarán pensando, que sobre los derechos individuales hay un derecho social; que sobre los intereses de esta ó de aquella clase están los verdaderos intereses del país; y de buena fe imaginarán que el interés y el derecho social están de su parte, y como ángeles guardianes flotan sobre sus fábricas, á peligro de que el humo de las chimeneas les ennegrezca tanto, que por lo oscuro del color, imaginen las gentes que visten luto por la muerte y ruina de algo que amaban mucho.

Yo no entraré en esta cuestion del derecho social, que ni es de este momento, ni hace á mi propósito; aceptaré, por lo que á mi *opinion particular* se refiere, *hipotéticamente*, la existencia de un derecho social superior á los derechos individuales, y aún

aceptándola, podré repetir sin titubear un punto y en voz bien alta, que bajo el punto de vista de la ciencia, arrancar á un hombre una parte de lo que ha ganado con su trabajo para entregar despues á otro hombre lo malamente arrebatado al primero, es un despojo inícuo y una soberana injusticia.

Respetemos la proteccion como un hecho legal, pues hoy la ley la defiende; mas al amparo de la ley, ya que nuestro pensamiento es libre, combatamos con las armas de la discusion pacífica y razonada la base científica, si hay alguna en que el sistema protector se funde.

Yo comprendo, señores (aunque no diré sobre este punto mi opinion completa) que el Estado tenga un ejército para el sostenimiento del orden, y para velar por la seguridad é independencia del país; que establezca tribunales para la administracion de justicia; y en una palabra, que tome á su cargo estos ó aquellos servicios públicos; en cuyo caso forzoso es que, por medio del impuesto, le paguen todos los habitantes del país el precio del servicio que el Estado como productor les presta. Comprendo, pues, que detenga á ese pobre jornalero, de que antes os hablaba, y le diga: «yo te doy seguridad, yo te doy orden; velo por tí y velo por tus hijos, mientras tú acudes á tu faena diaria; dame una parte de lo que has ganado si quieres conservar el resto».

Hé aquí un acto social que no puede compararse en manera alguna, como los proteccionistas suponen, al acto odioso y repugnante de la proteccion. Bajo el punto de vista que hemos elegido, podrá decirse que el impuesto es más ó menos conveniente, pero no que es ni aun parecido, á ese irritante juego de manos, que consiste en quitar á unos para dar á otros; siquiera el mecanismo sea tan ingenioso, que ni los primeros lo noten, hasta que personas imprudentes y entrometidas como nosotros los libre-cambistas, se lo hagamos entender, ni los segundos sospechen el papel que representan: que tanto puede la costumbre y el sofisma, que enturbian las más claras inteligencias y embotan la sensibilidad de rectos y nobles corazones.

Y no se diga, que no siempre el impuesto es el cambio de servicios entre el Estado y los particulares, y que ocasiones hay en que nada reciben los contribuyentes en compensacion de los sacrificios que de ellos exigió el fisco; porque esto es el abuso del

sistema, y nunca los abusos en un ramo de la administracion podrán justificar las injusticias que en otro ramo se cometan.

Mas es inútil que sobre este punto insista, porque no es aquí donde se parapetan los defensores del sistema protector. Conocen que plantear la cuestión en este terreno es resolverla; porque contra el grito de la conciencia que dice: «arrancar á un hombre lo que ha ganado con su trabajo para hacer don á otro hombre del despojo, es una horrible injusticia», nada valen argumentos, ni teorías; porque la verdad, la justicia, la eterna ley del bien y del mal, se presentan á la inteligencia del hombre con luz clarísima y fuerza irresistible; y cuando por la voz de la conciencia y con asentimiento de la razon dicen: «esto es malo, esto es injusto», contra tal afirmacion se estrellan todos los sofismas, todas las argucias, todas las tretas, con que el error—y sólo el error; que en la buena fe de nuestros adversarios creemos—pretenden abrumarla y confundirla.

Y aunque mi razon no supiera contestar á esos sofismas, aunque en el intrincado laberinto de argumentos proteccionistas se perdiese, siempre ante ella veria brillar un axioma, una verdad primitiva, y al comprenderla como tal, sin titubear la afirmaria.

Suponed que un matemático combinando las más sublimes teorías de la ciencia, os prueba tras complicada y sábia demostracion, que *dos y dos son siete*: confundidos quedareis y asombrados al ver tanta sabiduría y sabiduría tan bien empleada: os inclinareis con respeto ante hombre tan profundo: mirareis con supersticioso terror los extraños signos algebraicos de los que, como de diabólico laboratorio, salió tan estupendo descubrimiento; y por fin de fiesta, á pesar del asombro, y del terror, y del respeto, y de la confusion, y de los signos algebraicos, y del sábio, direis: «bella es sin duda esta ciencia, mas es extraño que llame *siete* á lo que todo el mundo llama *cuatro*».

Ahora bien, de igual suerte que en el ejemplo que acabo de presentaros, hay en el orden moral verdades que se imponen á la *inteligencia*; y no sólo á la inteligencia sino al *sentimiento* tambien: que así como la aguja por misteriosa fuerza impulsada busca el polo magnético, así tambien el alma se inclina con amor hácia la verdad que es el polo eterno del espíritu.

Mas no es en la *cuestion de justicia* donde, por regla general,

insisten nuestros adversarios: conocen, como ya antes indiqué, que es terreno para ellos resbaladizo, y despues de una ligera resistencia, hecha más bien por cubrir honrosamente la retirada, que animados por la esperanza del triunfo, retroceden á posicion, á su entender, más firme, y plantean el problema bajo el punto de vista de la utilidad; agregando á esta palabra, porque no se tome en mal sentido, y aún porque parezca mejor, un adjetivo sonoro y de valia en los tiempos que alcanzamos, convirtiéndola de esta suerte de utilidad á secas en utilidad *general*.

La proteccion dicen es gérmen de riqueza: á su sombra nacen y se desarrollan las industrias, y justa ó injusta, á ella deben al fin las naciones su adelanto material, y la civilizacion no pocos de sus triunfos.

Yo, señores, procuraré demostraros la falsedad de tales asertos; mas permitid que antes someta á vuestra consideracion algunas observaciones que creo oportunas.

Notad como los mismos que nos acusan de empequeñecer las cuestiones; de no ver nunca en los fenómenos del mundo social más que el efecto inmediato; de sacrificarlo todo, es decir el porvenir industrial del país, á la mezquina y pasajera ganancia que proporcionaria el libre-cambio á los consumidores; de ser individualistas y anárquicos y materialistas: observad, repito, como son ellos los que empequeñecen cuestiones, más altas, más trascendentales quizá, de lo que imaginan; como caen en el más grosero materialismo y sacrifican al pasajero interés de una industria ficticia, intereses sagrados, que, no por el criterio, importante pero secundario de la utilidad, sino por el más alto del bien moral, debieran antes medir. Ya admito por el pronto que su afirmacion sea cierta, y que con la proteccion las industrias nacionales, tras un período más ó menos largo de aprendizaje, que no bajará sin embargo de noventa á cien años segun lo que vamos viendo, se afirmen y se aclimaten al fin, y liquidadas pérdidas de ayer y ganancias de hoy, salga el país ganancioso y pueda con pié firme emprender una marcha hácia nuevos adelantos. Y esto concedido y aceptado, por vía de argumentacion, voy á deducir que el sistema protector, conveniente (segun la hipótesis) bajo el punto de vista utilitario, es sin embargo grandemente inmoral y soberanamente injusto.

Meditad sino, en lo que supone la doctrina proteccionista que acabo de presentar: reducidla á su esencia: despojadla de sus atavíos y ved á lo que de este modo queda reducida.

El sistema protector dice: «sacrifiquemos al país doscientos ó trescientos años, para que al fin de unos cuantos años ó de unos cuantos siglos sea rico y fuerte».

O de otro modo: «sacrifiquemos la generacion de hoy para que las generaciones venideras al despertar á la vida encuentren los almacenes llenos, y llenas las arcas; que llenar arcas y almacenes es lo que importa».

O más claro aún: «quitemos al jornalero la mitad de su pan y del pan de sus hijos, y si el dolor y el hambre le hacen caer en la desesperacion, y de la desesperacion en la miseria, y de la miseria en el vicio ¿qué importa? es cuando más un hombre sacrificado para conseguir un gran fin; es un átomo de polvo aplastado entre las ruedas de la gran máquina».

«Arrebatemos á aquel otro lo poco que le sobra, despues de cubrir pobremente las primeras necesidades de la vida: verdad es, que si dejáramos en su poder ese sobrante, quizá compraria un libro, y en aquel libro aprenderia lo que hoy ignora, descubriria horizontes infinitos que su imaginacion adormecida no adivina, perfeccionaria la esencia inmortal de su sér, realizaria una parte de su destino, y la humanidad ganaria *un hombre*; pero á bien que si el alma es inmortal, tiempo le queda en la otra vida para perfeccionarse; por lo pronto gane la industria protegida unas cuantas libras de hierro para sus máquinas».

«El invierno es crudo: una pobre mujer camina lentamente sobre la nieve: tiene frio, y procura abrigarse con un manton de lana; pero hay demasiada lana en el manton, y la industria nacional no puede ser tãn pródiga de materias primeras: para el próximo invierno ya se ahorrará la mitad de la lana. Y ese ahorro será un pequeño capital, y en ochenta ó cien años á interés compuesto, vale por unos cuantos husos más para una *selfactina*. Verdad es que la pobre mujer tiritita de frio; y el frio hace tanto daño á los pobres: les hiela la sangre que es la vida! y se muere de frio; y sus hijas se quedan sin madre; y nadie les enseñará que hay un Dios en el cielo, y honra y virtud en la tierra; y crecerán en el fango; y serán fango despues; y al fin

morirán en el hospital; pero ¿qué importa? unos cuantos husos de hierro girarán á impulsos del vapor, y hebras de algodón más blancas que la nieve que mató á la madre de aquellas pobres, que se arrastraron por el negro fango de la sociedad, se arrollarán sobre los husos de hierro formando gruesos copos que son la alegría y el encanto del fabricante (1).»

Y así la protección ahorrando en las lágrimas de unos, en los vicios de otros, en el embrutecimiento de muchos, en las privaciones y en los dolores de todos, forma un capital; y atesora y acumula, y compone intereses, y, al fin, cuando nace la nueva generación puede mostrarle la industria sus calderas hirvientes de vapor, sus chimeneas humeantes, sus máquinas que rechinan, sus almacenes que rebosan, sus arcas que crujen. ¡Feliz la nueva generación! para ella la dicha, el placer, la ciencia, la virtud también; porque es la riqueza bien empleada elemento de moralidad y de instrucción; mas ya que de industria, y comercio, y balances, y cuentas se trata, vamos á cuentas: ¿á costa de qué se compra la dicha de la nueva generación?

A costa de la generación anterior, que ha vivido pobre, miserable, embrutecida, viciosa.

¡Ay que los hijos de tales padres si heredan oro no podrán heredar virtud ni ciencia! Fabrique la protección para la nueva industria nuevos hombres, porque los que encuentra ya no lo son: sus máquinas aplastaron, exprimieron, sacaron el jugo y la sangre á la vieja generación: si algo bueno habia en ella, convertido está en hierros y algodones: lo que queda de la masa social, ya no es un conjunto de hombres, es negra y súcia escoria de las fábricas.

Y como las fábricas no viven por sí, ni para sí: como no puede existir una industria próspera en un país de mendigos, aquellas industrias tan florecientes al parecer, morirán al fin ahogadas por la miseria general que les rodea, y que ellas mismas crearon.

Y aunque así no fuera, yo pregunto: ¿con qué derecho se sacrifica toda una generación por el bien de la generación que ha de venir? Y no es esto desconocer todo lo que hay de subli-

(1) No se olvide que estamos argumentando en la hipótesis de que la protección realiza tales maravillas.

me en el sacrificio: el hombre debe sacrificarse por sus hijos: comprendo y admiro que una generacion dé su dicha, su sangre, su vida por el triunfo de una idea; porque son las ideas la santa herencia de los pueblos. Creo que el sacrificio, virtud sublime, lazo de las almas, entra por mucho en el destino del hombre; pero la virtud no es virtud si no hay libertad de accion, y no es el carabinero símbolo de libertad.

No, el hombre no es sólo, como presumen los proteccionistas, una *materia* primera de la industria nacional. Todo hombre tiene un fin que realizar, y sólo puede realizarlo con su trabajo; y si acudiendo al productor extranjero puede satisfacer las necesidades más apremiantes de su existencia, *con un minuto* menos de trabajo, que si acude á la industria del país, *ese minuto* que le roba la proteccion, es mucho, es más ciertamente de lo que imaginan los proteccionistas. Durante ese minuto de descanso, ese hombre, que ha triunfado de la materia, es libre: y puede levantar la cabeza y mirar al cielo: y cuando se mira al cielo, sin querer se piensa en Dios. En cambio, si tiene que trabajar tambien durante *ese minuto*, su cuerpo está doblado, inclinada su cabeza y la sangre acude á ella y anega al pensamiento, y ya no mira al azulado cielo, mira la negruzca tierra que pisa; y sólo piensa en el grueso terron que á golpes de azada quiere deshacer en polvo; y quizá al ver que resiste á sus esfuerzos, murmure una blasfemia, porque un cráneo que se inclina mucho hácia el suelo discurre mal, y una boca espumante de fatiga jura bien.

Y ved, señores, á qué extremo de repugnante materialismo conduce el sistema protector, cuando antepone el criterio de la utilidad al criterio del bien moral; cuando partiendo de una hipótesis falsa, pero que importaria poco que no lo fuese, sacrifica á los consumidores para fomentar y engrandecer la industria nacional; cuando olvida en fin, que es el hombre un sér inmortal, dueño de su destino, y que por sí debe realizarlo.

Pero ya que los proteccionistas huyen de este terreno, sin duda porque en regiones tan altas hay mucha luz, y la luz les ofende, sigámosles á donde les plazca conducirnos; que como la razon esté de nuestra parte, por malo que sea el terreno á que nos lleven, de pantanos y lodazales habrá de sacarnos al fin.

Estudiemos pues, el sistema protector bajo el punto de vista de

la utilidad, que aún así estaremos dentro del tema, porque tambien la ciencia de lo útil tiene su filosofía, ó mejor dicho, de la filosofía se derivan los inquebrantables principios en que aquella se funda.

Mas cosa extraña, señores, con ser este el asunto predilecto de los proteccionistas, ó tal es la proteccion, ó tanta es su desgracia, que al fin de tan largos años, no han podido ponerse de acuerdo los grandes maestros de la escuela, para formular un dogma que acepten como bueno, y como santo respeten maestros y discípulos. Y si este desórden y falta de armonía que reina entre nuestros adversarios, prueba ya como al principio os dije, la mezquindad del sistema, en cambio dificulta grandemente toda refutacion que de la doctrina proteccionista pretenda hacerse.

Pruebe en efecto la ciencia económica que tal ó cual argumento de los que en defensa de la proteccion se formulan, es en último resultado un grosero sofisma, y poco ó nada habrá conseguido, porque cuando termine su trabajo y el público aplauda y asienta, los proteccionistas asentirán y aplaudirán tambien; renegarán de sofisma que tan mal supo defenderse; le condenarán á muerte como reo de alta traicion, le sepultarán, despedirán el duelo, y á la siguiente mañana se agruparán alrededor de otro nuevo sofisma gritando con gran algazara: «á sofisma muerto, sofisma de repuesto» con lo cual ya tienen para ir tirando unos cuantos años más.

Permitid que en demostracion de lo dicho, indique ligeramemente la historia de algunos de los más célebres sofismas de la proteccion.

El sistema protector, que siempre se ha distinguido por su falta de criterio, por su ciega confianza en las apariencias, por su apego á todo linaje de vulgaridades, hubo tiempo en que formuló como doctrina económica la tan conocida con el nombre de *teoría del numerario*.

Segun esta teoría, la riqueza consiste en la abundancia de metales preciosos; y la utilidad social y el bienestar, se miden única y exclusivamente por arrobas de oro ó de plata. El método práctico que de aquí se deduce para procurar grandes bienes, y toda clase de ventajas comerciales á una nacion, es tan sencillo como ingenioso. No comprar cosa alguna al extranjero, para que

no salga oro del país; vender á los demás países cuanto quieran comprarnos, y aún si preciso fuere, obligarles á ello para que nos den el suyo.

Tal doctrina, en que se descubre el espíritu estrecho y vulgar del sistema protector; doctrina que es en Economía política lo que el materialismo en filosofía; que juzga de los fenómenos sociales por los sentidos y no por la inteligencia; que nó acepta más riqueza que el oro, porque es la única riqueza que ve y toca y comprende: tal doctrina, repito, no merece ni refutación si quiera. Ningun proteccionista ilustrado la defiende ya, todos por el contrario reniegan de ella sin notar que reniegan de su sangre.

Quizá alguno más sensible que sus compañeros, experimente cierto remordimiento al abandonar á la furia libre-cambista este recuerdo de familia, y tímidamente nos insinúe, «que si bien es la moneda *elemento intermedio* de cambio, y en este concepto es errónea la doctrina del numerario, también el oro constituye una verdadera mercancía, y que bajo este segundo punto de vista, acumular metales preciosos, es acumular riquezas reales y efectivas». Mas semejante observación sería poco oportuna, y no muy feliz, porque si el oro es mercancía, cambiarlo por otra que valga más en el país, por ejemplo, hierros ó carbones ó telas de algodón, es realizar un beneficio neto, representado por la diferencia entre los precios de los objetos cambiados; con lo que nuestro proteccionista, al salir á la defensa de la teoría del numerario, truecase de repente y sin sospecharlo, en libre-cambista radical.

Mas continuemos nuestra enumeración.

Los extremos se tocan, se dice comunmente, y aún debiera agregarse que históricamente se suceden; como si toda opinión exagerada en un sentido provocara al fin otra exageración opuesta á la primera. Así vemos en la doctrina proteccionista que tras materializar la idea de riqueza hasta el punto de reducirla á lingotes de oro, caen los defensores de la protección en otro error aún más lamentable: niegan que la riqueza sea el fin inmediato de la industria humana, y proclaman como única fuente de bienestar el *trabajo*; mas no como medio de conseguir determinados fines, en cuyo caso estarían en lo cierto, sino como fin único y único destino de la humanidad. Poco importa, según los partida-

rios de esta doctrina, que las industrias sean estériles, que el país esté sumido en la miseria, que sufra y que padezca, con tal que trabaje y que trabaje mucho. Y de este modo invirtiendo los últimos términos de un gran fenómeno social; confundiendo el *esfuerzo* con la *satisfacción*, olvidando cuál es la naturaleza del hombre y cuál su destino sobre la tierra, erigiendo el dolor y el sufrimiento en fin único de todas nuestras acciones, caen en una especie de *ascetismo proteccionista*, si se nos permite unir estas dos palabras, tanto más repugnante, cuanto menos se presta el asunto á tales extravíos, y menos se prestan los nuevos confesores á ser mártires de su religión.

No en verdad; no es el trabajo el fin de la existencia humana: no nació el hombre para consumirse en impotentes esfuerzos; para agitarse sin término en estériles luchas; para girar siempre alrededor de la nada como alrededor de un centro que le atrae. Trabaja, sí, y santo es el trabajo, pero es *por algo*; lucha, sí, pero es para vencer; marcha, pero tiene un norte en su camino. El trabajo estéril es el esfuerzo de la criatura sobre sí misma para anular su esencia; el trabajo dirigido hácia un objeto noble y puro es el destino del hombre que se cumple.

Mas observo, señores, que me separo bastante de mi asunto, y que es mi hablar, hablar inútilmente, porque es lo cierto que en cosas tales apenas paran mientes nuestros dignísimos adversarios. Por otra parte la gran mayoría de los proteccionistas reniega ya de la doctrina del trabajo nacional, como renegaron de la teoría del numerario, como han renegado de tantas otras cosas: que es en ellos antiquísima costumbre ir echando á un lado sofismas y sofismas á medida que se usan, y á cada nuevo conflicto, fabricar otros nuevos para ir saliendo de los apuros del día. Esto, dicen ellos, que prueba la bondad de su doctrina, la fecundidad de sus principios, el buen temple de sus argumentos, la armonía que reina entre todos los maestros de la escuela. Y en efecto, nada más propio para convencerse de las excelencias del proteccionismo, que ver á sus partidarios negar hoy lo que ayer afirmaron; burlarse del sofisma del numerario, poco despues de haberlo erigido en dogma favorito; tirar á un lado con desprecio la célebre *balanza mercantil* en que antes pesaban con gran desenfado la riqueza de ambos mundos; proclamar hoy como

principio salvador el trabajo nacional, y cuando notan en cuantas y cuán monstruosas contradicciones caen, cuando se les dice que preferir el género nacional cuya fabricacion es costosa, al que de fuera nos traen á menor precio es preferir el trabajo estéril, al trabajo útil, buscan con gran prisa quien *retoque* el averiado principio proteccionista para que vaya tirando por algun tiempo más.

Interminable seria esta conferencia si yo hubiera de enumerar todas las fases y todas oscuras, porque ha ido pasando el sistema protector desde la intransigente y despiadada prohibicion hasta el tímido y vergonzante proteccionismo de List. Pero todo nos prueba que la proteccion está en su último período; ella misma se condena á muerte y sólo fia su existencia en la maña con que sus defensores vayan alargando el plazo. Así vemos que la teoría de List sólo defiende el sistema protector como medio transitorio, como artificio para desarrollar las fuerzas productivas del país, y que por lo tanto supone que cuando á este punto se llegue, la mision del proteccionismo y de los proteccionistas habrá terminado. Sistema mezquino, término medio arbitrario y ridiculo que ninguna razon justifica, y que bien á las claras prueba, ó que ha sido fabricado únicamente para salir de un momento de apuro, ó que el semi-proteccionista aleman ignoraba los principios más elementales de la organizacion económica de la sociedad.

¿Acaso llegan los pueblos y las industrias á un punto y de allí no pasan?

¿Acaso en todos los tiempos y en todos los países no habrá fuerzas productivas que desarrollar?

Pues si el objeto de la proteccion es desarrollar las fuerzas productivas, su mision jamás termina, la proteccion es eterna, y declararse proteccionista á medias, ó es culpable debilidad ó insignie torpeza.

A más de esto, señores, semejante teoría cae por su base con un sencillísimo argumento.

¿Por qué las fuerzas productivas necesitan para desarrollarse el amparo de la *proteccion*?

Segun los proteccionistas, porque las industrias, que son la manifestacion, por decirlo así, de estas fuerzas productivas, se

desarrollan gradualmente; y débiles al comenzar no pueden competir con las industrias del exterior.

Y bien, ¿por qué son débiles; por qué no puede competir España con Francia, con Inglaterra, con los Estados-Unidos?

La razón sólo puede ser la falta de capitales: entendiéndola en su acepción más lata.

¿Y qué es el capital?

La suma de esfuerzos que el país economiza y acumula.

Pues bien, si en un momento dado el libre-cambio proporciona la máxima economía de esfuerzos, claro y evidente es que la libertad comercial será el medio único de formar capitales, de proteger las industrias, y de desarrollar las fuerzas productivas del país.

Mucho más pudiera decirse sobre este punto, pero cansados estareis de oírme y fatigado me siento también con tanto hablar de protección; que si hay asuntos que por su grandeza elevan y sostienen el espíritu, hay otros que por su pequeñez y mezquindad le abruman; y pequeño y mezquino es el sistema protector, siquiera sean trascendentales, inmensos, los males que al país causa. Y no os admire que cosa tan ruin sea origen de tanto daño: que no es nuevo por desgracia, ver sobre la arena de la playa viejos y carcomidos buques que lucharon años y años con los furiosos del cielo y el rabioso empuje de las olas; sólo porque unos cuantos gusanillos, que apenas podría percibir la vista, mordieron con sus microscópicos dientes la soberbia quilla, mientras triunfante partía las aguas del Océano. (*Grandes aplausos.*)

— X

